

LITERATURA E IDEOLOGÍA EN *LITERATURA EUROPEA Y EDAD MEDIA LATINA* DE E. R. CURTIUS (1948-1998)

JOAQUÍN RUBIO TOVAR
Universidad de Alcalá

COMO LA mayoría de los libros importantes, *Literatura europea y Edad Media Latina* (en adelante *LEEML*) no es fácil de situar en el terreno de la crítica. La amplitud de su campo, su esfuerzo para salvar las barreras del especialismo y su tema impiden situarlo en un único campo del saber. No se refiere en exclusiva a la historia, ni a la filología, ni a la filosofía, ni a la crítica, sino que incumbe a todas ellas. Hoy día comprobamos que la construcción de Curtius se levanta sobre materias que tienden a considerarse parcelas autónomas, pero en su momento, y más para una mentalidad como la de Curtius, la filología y la historia no podían separarse.

Sin embargo, pocos filólogos compartirán hoy los presupuestos ideológicos que movieron a E.R. Curtius a escribir *LEEML* y pocos serán quienes acepten sin algún reparo los fundamentos filológicos y la concepción de la historia que subyacen a su investigación. La teoría general que sustenta esta obra ha sido puesta en entredicho; se han señalado carencias y ausencias notables, se ha discutido su metodología, se ha señalado falta de claridad a la hora de definir —y sobre todo de aplicar— la noción capital de *topos*, así como el carácter mecánico de muchas investigaciones que surgieron de su libro (de las que, desde luego, no fue culpable Curtius).

Curtius ha recobrado su puesto en su generación. Pero la necesaria vinculación a una determinada época histórica, a una filosofía y a una práctica filológica concreta, no disminuyen el valor de su estudio como construcción y como modelo. La obra de Curtius, como la de Américo Castro o la de Menéndez Pidal, representa una forma característica de entender la investigación propia de un momento histórico, pero conserva todavía su validez en muchos aspectos y sigue aportando información imprescindible para nuestro conocimiento de la literatura medieval. *LEEML* sigue siendo historia presente, pues aparece incorporada o subyace en buen número de manuales y estudios de nuestros días. La ingente cantidad de material que exhumó y ordenó Curtius sirve de guía y de apoyo a muchos estudios que, sin embargo, parten de presupuestos políticos y filológicos muy distintos de los que animaron al romanista alemán a escribir esta obra.

El propósito de este artículo es recordar algunos aspectos ideológicos, y también algunos literarios, que llevaron a Curtius a emprender su trabajo, y recordar alguna de las críticas que recibió su libro, y ello nos obliga a tomar las cosas desde más atrás. Su tesis doctoral, una edición de *Quatre livre des Reis* (1911), fue concebida de acuerdo con las directrices que le había marcado Gustav Gröber (1844-1911), uno de los maestros del positivismo de finales de siglo, inspirador del *Grundriss der romanischen Philologie* (1886-1902). Gröber le inculcó la obligación de atender a los datos y de no intentar síntesis apresuradas sin un sólido trabajo previo (tal y como se lee en una de las citas que sirven de pórtico a *LEEML*) y le hizo ver la importancia de la literatura latina y su influencia en el desarrollo de las literaturas vernáculas. Conviene no olvidar estos inicios porque servirán para entender la metodología en la que se apoya *LEEML*.

Después de la muerte de Gröber, Curtius se alejó de los presupuestos críticos que había aprendido con su maestro. El romanista alemán se consagró al estudio de escritores europeos contemporáneos, en especial franceses, como Gide, Proust o Valéry, y no mostró interés por publicar en revistas técnicas de filología, sino en otras de alta divulgación como *Neuer Merkur*. Sus estudios sobre Proust, Joyce o Eliot pasan por ser trabajos críticos de referencia con apreciaciones muy lúcidas pero muy poco ortodoxas si las medimos con la vara de Gröber. Curtius tradujo a Eliot y a Valéry y publicó un magnífico ensayo sobre Joyce. En las páginas sobre Cocteau se advierte un planteamiento romántico de la crítica al igual que se aprecia en el ensayo sobre Eliot una defensa de la aproximación a lo literario muy lejana de las ideas de la *Literaturwissenschaft*.

Varias razones movieron a Curtius a dar en los años treinta un giro a sus estudios, a postergar su interés por la literatura contemporánea y consagrar su esfuerzo en una nueva dirección. El maestro alemán fue reemplazando poco a poco París por Roma¹ y este cambio no refleja solamente que variaran sus intereses literarios, sino que tiene un trasfondo político muy claro. Para explicarlo es necesario remontarse al tenso ambiente social y político de los años treinta y al debate ideológico entre grandes pensadores. Me refiero a la controversia entre algunos intelectuales como Max Weber, Gyorgy Lukács, Walter Benjamin, Thomas Mann y en particular Karl Mannheim y el propio Ernst Robert Curtius, que fueron colegas durante algunos años en Heidelberg. Estos y otros profesores y pensadores que coincidieron en esta universidad —no se olvide a Jaspers,

1. Sobre los cambios de interés hacia la cultura de distintas partes de Europa, véase el artículo de Weinrich, 1995.

a Troeltsch, a Vossler— y en otros foros, percibieron la crisis que se avecinaba, la analizaron y propusieron soluciones distintas.

Más allá de las antipatías personales, el enfrentamiento intelectual entre Curtius y Mannheim permite explicar alguna de las razones que llevaron al romanista a escribir *LEEML*. Curtius consideraba que el *sociologismo* (término por el que entendía la pretensión de la sociología de convertirse en una ciencia absoluta) traería consigo un empobrecimiento gravísimo de las disciplinas humanísticas. La sociología le parecía consecuencia de la politización de una sociedad que iba a quedar en adelante huérfana del espíritu. Curtius expresó su desacuerdo en distintos momentos, como en el tribunal que había de juzgar un trabajo del sociólogo (concretamente, un estudio sobre el pensamiento conservador) en la Universidad de Heidelberg. Mannheim sostenía que el pensamiento conservador se había fundamentado en la idea de continuidad como reacción frente a la amenaza de cambios sociales. Proponía también la necesidad de estudiar la relación, la dependencia de las ideas con el momento histórico en que surgían, con lo que se apartaba de aquella orientación que estudiaba las ideas de forma inmanente sin considerar determinante su génesis histórica.

Estas ideas —así como la crítica situación por la que atravesaba Alemania— provocaron la reacción de Curtius, tal y como se lee en el panfleto *El espíritu alemán en peligro* (*Deutscher Geist in Gefahr*, 1932), que apareció, al igual que *Ideología y utopía* de Mannheim, en una atmósfera de gran tensión intelectual. En estos años se publicó una abundante literatura, que aludía una y otra vez a ruina, crisis, decadencia o muerte de la cultura occidental. No es un texto de gran penetración ni un análisis de gran altura interpretativa, pero sirve para comprender parte de la producción futura de Curtius. Critica en sus páginas el nacionalismo de miras cortas de algún círculo político (el *Tatkreis*) y su aceptación de los valores idiosincrásicos alemanes al margen de la corriente cultural de Occidente. Tampoco oculta Curtius su profunda antipatía hacia los movimientos de masas tanto de izquierdas como de derechas.

Si *Espíritu alemán...* es una crítica a Mannheim (digamos, la versión negativa), la respuesta positiva es *Literatura europea y Edad Media Latina*. Curtius propuso la idea de la continuidad de Europa más allá de las crisis y los períodos de decadencia y se lanzó en busca de los fundamentos de un presente que parecía desmoronarse. Mannheim y Curtius representaban posturas irreconciliables. Curtius pensaba en un intelectual que formara parte de una larga tradición, Mannheim en un intelectual *freischwebend* (Hoeges, 1994; Jacquemard, 1995). Frente a este intelectual hijo de su tiempo, el romanista alemán se decantó por el estudioso empeñado en encontrar una tradición cultural común a toda Europa (a la que Alemania también había pertenecido hasta Göthe) en la que podría encontrarse la solución a los problemas de Occidente. La decaden-

cia de la aventura cultural compartida durante siglos era signo de una enfermedad del espíritu y solamente podía curarla un humanismo entendido en sentido amplio, una especie de testimonio de una memoria colectiva, recogida en la tradición literaria, mediante la cual el pensamiento europeo preservaba su identidad a través de milenios. Este manifiesto fue todo un programa de investigación para el propio Curtius, que empezó a trabajar de acuerdo con sus ideas sobre lo que los intelectuales debían hacer: ahondar en el terreno donde debían encontrarse las raíces. Curtius invocó la necesidad de un humanismo entendido como una constante en la cultura europea hasta Göthe.

No era difícil trazar el parecido entre un mundo como el de los años treinta y los siglos oscuros. De la misma manera que el mundo que le tocó a Curtius era bárbaro, no debía volverse la mirada a épocas brillantes sino a períodos más «modestos», a la vasta tradición de los fundadores de Europa (desde San Agustín y Casiodoro a Dante), que podía ofrecer la luz que se necesitaba en ese momento oscuro. (Curtius, 1932: 126) El Humanismo no era un problema académico, sino una postura intelectual y política de resistencia a la barbarie nazi.

Cuando Curtius inició su investigación sistemática de la literatura medieval, buscaba sentar las bases para un estudio de Europa vista como conjunto, como un «intelligible field of study», en palabras de Toynbee, con el deseo de descubrir una pauta, un modelo que pudiera ser testimonio de un humanismo permanente: «La literatura europea es tan vieja como la cultura europea [...] Sólo se la puede contemplar como conjunto después de adquirir carta de ciudadanía en todas y cada una de sus épocas, desde Homero hasta Goethe. Esto no se consigue en ningún libro de enseñanza, aun suponiendo que hubiese uno de tan vasto contenido. La carta de ciudadanía en el imperio de la literatura se obtiene únicamente después de haber vivido muchos años en cada una de sus provincias y de haber pasado de la una a la otra repetidas veces. Somos europeos cuando nos hemos convertido en *cives romani*.» (LEEML, p. 30)

Para acceder a la clase de conocimiento al que Curtius aspiraba se requería una metodología muy sólida que diseñó a través de los procedimientos estrictamente filológicos que recuerdan a la orientación de Gröber. Curtius trabajó en esta dirección entre 1933 y 1948, año en el que publicó *LEEML*, síntesis y culminación de una serie de artículos que aparecieron en ese período. El maestro dedicó toda su energía a escribir miles de páginas inspiradas por un método filológico que presupone un conocimiento vastísimo y de primera mano de las fuentes.

El libro está dedicado a la memoria de Gustav Gröber y de Aby Warburg (Dronke, 1980; de Laude, 1992; Kany, 1985), a quien Curtius conoció en una estancia en Roma durante el invierno de 1929. Warburg aparece citado pocas

veces en *LEEML* pero no es difícil suponer lo que aportó a Curtius: la vasta y profunda comprensión de los lazos que unían la Antigüedad y el Renacimiento, la convicción de que había un campo muy vasto que abarcaba Grecia y Roma y la Europa occidental por encima de dos milenios, comprendiendo la historia de la filosofía y de la ciencia, el mito y la religión, así como la literatura y las bellas artes. Y junto a ello, la convicción de que el esfuerzo para una comprensión universal debe hacerse mediante un meticuloso estudio de los problemas específicos —la supervivencia y transformación de constantes en la tradición, tanto en el terreno de la palabra como en el iconográfico— y de que este estudio no debe hacerse solamente a partir de abstracciones o generalizaciones grandiosas.²

La tesis central del libro es que la literatura europea es una unidad de sentido que va de Homero a Göthe y para cuyo conocimiento resultan esenciales las letras latinas medievales, que enlazaron el mundo mediterráneo antiguo y el mundo occidental moderno. Su estudio pretende hacernos entender cabalmente las literaturas nacionales. La literatura europea, de manera global y hasta la época barroca (después esporádicamente hasta nuestros días), no se ha separado por ningún corte histórico real de la literatura grecorromana. Desde Homero y Virgilio hasta Dante, Calderón e incluso Hofmansthal y Joyce, se prolonga una tradición literaria de manera ininterrumpida. De acuerdo con esto, la unidad cultural de Occidente trasciende los cuadros nacionales, lingüísticos y religiosos.

Uno de los pilares en los que se fundamenta la gran construcción de Curtius es su concepción de la historia, que nace en buena medida como rechazo a otras concepciones con las que no estaba de acuerdo. Curtius se opuso frontalmente a la *Geistesgeschichte* alemana, porque para él convertía la historia en una perpetua especulación, en la que primaba una borrosa unidad entre el espíritu y el tiempo, un vigoroso paralelismo entre todas las artes que repugnaba al romanista porque permitía una clase de juego crítico muy alejado del rigor.³ La literatura, la palabra, tenían para Curtius una posición única entre las artes, y este afán por lo escrito (que implica un desdén por la oralidad) acabó convirtiéndose en uno de los puntos más atacados de su obra.

2. Warburg presentó en el invierno de 1929 (en la biblioteca herziana de Roma) el ambicioso proyecto *Mnemosyne*, que impresionó al romanista alemán. Weinrich se pregunta si sería posible entender *LEEML* como una realización tardía de este proyecto y explicar al tiempo la razón por la que Warburg acompaña a Gröber en la dedicatoria del libro.

3. «Si se hubieran perdido los escritos de Platón, no podríamos reconstruirlos a partir de la cultura griega», llegó a escribir Curtius.

Frente a la *Geistesgeschichte*, Curtius quiso desarrollar un método histórico que preservara el material de la literatura, desenredándolo y saneándolo de las adherencias que lo habían transformado. El punto de partida de tal procedimiento histórico debía ser descubierto empíricamente. Ciertas convenciones retóricas (como la falsa modestia), ciertos temas (como las Musas), ciertas actitudes estilísticas (como lo que Curtius llama el manierismo) se erigen como fenómenos concretos, y no se dejan atrapar por los vagos conceptos de la *Geistesgeschichte*. Cuando aislamos y nombramos un fenómeno literario, dice Curtius, hemos establecido un hecho. En este punto hemos entrado en la estructura concreta de la materia de la literatura.

Frente a tanta vaguedad, Curtius ofrecía los *topoi*, que representan datos concretos, verificables empíricamente, que revelan por sí mismos, a través de su supervivencia en períodos sucesivos, ciertas constantes de todas las formas literarias. Dos características de los *topoi* son esenciales para él: su naturaleza concreta y su función; ambas son signos de perdurabilidad.

La *topología* presentaba un rigor que era inalcanzable hasta este momento en la ciencia de la literatura y le permitía además establecer alguna diferencia entre la literatura y otros fenómenos estéticos:

«Quien quiera dedicarse a investigar la literatura europea [...] aprenderá que es una «unidad de sentido» que se escapa a la mirada si la fraccionamos. Reconocerá que tiene una estructura autónoma, radicalmente distinta de la estructura de las artes plásticas [...] la literatura tiene formas de movimiento, de crecimiento, de continuidad que no son las de las artes plásticas. Posee una libertad que a ellas les está negada. Para la literatura, todo pasado es presente o puede hacerse presente. [...] Puedo ponerme a leer a Homero y a Platón a cualquier hora, y puedo «tenerlo», tenerlo plenamente. [...] El libro es mucho más real que el cuadro. Hay aquí una relación de esencia, la participación real en un existir espiritual.» (Curtius, 1948: 33)

Curtius quería demostrar la continuidad desde la Antigüedad a través de Edad Media hasta los tiempos modernos. La continuidad, uno de los valores fundamentales del pensamiento conservador, podía ser probada con datos concretos y no mediante la formulación de vagas teorías. Esto es lo que Curtius hizo con la *topología*: poner la continuidad bajo nuestros ojos, para lo que tuvo que enfatizar en aquellos lugares de la tradición en los que la continuidad era menos evidente. Así, el topos menos importante puede ser en alguna ocasión el más valioso para demostrar esa continuidad. Weinrich critica a aquellos que se han extrañado de que un hombre de la finura crítica de Curtius diera igual valor a mínimos desarrollos de *topoi* frente a grandes construcciones literarias y de pensamiento, y les achaca no haber entendido lo que Curtius en

verdad deseaba y quería indicar.⁴ De su altura crítica hay ejemplos sobrados en *LEEML* y en sus *Ensayos*. Es la intención de mostrar la evidencia de la continuidad la que provoca la irrelevancia de distinciones críticas en esta especie de religión unitaria de la tradición occidental.

Por lo demás, ya en *Deutscher Geist in Gefahr* se había apartado Curtius del historicismo académico, al que consideraba una «anémica abstracción moderna». Curtius retuvo el valor de la noción de historia, pero habló a menudo de fenomenología y de morfología de la literatura. No puede ignorarse la huella de Spengler en la concepción de Curtius ni puede olvidarse a los historiadores y filósofos a los que eligió como mentores. El más destacado es Toynbee, de quien tomó la concepción de Europa como un vasto organismo cultural con un ritmo propio. No se olvide, por lo demás, el enorme interés de Curtius por la obra de Jung, a la que se refiere en distintas de sus obras (también en *LEEML*.)

Curtius no consideraba la historia como secuencia y concatenación de acciones o sucesos: «Si la literatura europea sólo se puede ver como un todo, su investigación no puede proceder sino de manera histórica. Pero ciertamente no en forma de historia literaria. Una historia que relata y enumera nunca puede ofrecer sino un conocimiento de hechos catalogados; deja la materia intacta, con la forma casual que antes tenía. La consideración histórica, en cambio, debe esclarecer esa materia, debe penetrarla; debe también crear métodos analíticos [...]» (p. 34).

La filología románica, verdadera patria intelectual de Curtius, ha sido desde sus orígenes románticos una disciplina esencialmente histórica, y ha dirigido sus intereses a la Edad Media. Gastón Paris llegó a decir que lo que buscaban los filólogos en la Edad Media era la historia. La filología románica estaba volcada en escrutar los arcanos de la Edad Media y no tanto a los elementos geográficos de su campo de trabajo. Sólo en la época de Gilliéron y de Rohlfis vino a añadirse una dimensión geográfica a la histórica, y a despegarse de los estudios literarios. La Romania era para la mayoría de los grandes romanistas un concepto temporal mucho más que espacial. Y en este punto conviene señalar la influencia de las concepciones de la historia de Michelet en la obra de Curtius, más concretamente su concepción de la geografía humana (la

4. Es el caso del artículo, «Jorge Manrique und der Kaisergedanke», en el que el poeta es considerado como un eslabón de una tradición centenaria cuyo origen puede buscarse en los ejercicios retóricos de la tardía latinidad. Curtius no estaba particularmente interesado en el conjunto del poema, sino en el *topos* «catálogo de emperadores». Varios críticos le recordaron a Curtius que la lista de emperadores era la parte menos poética del poema, a lo que éste respondió que esa objeción mostraba unos escrúpulos estéticos irrelevantes, y que lo revelador era la posición, el lugar que ocupaba ese *topos* en la tradición.

Menschengeographie de la que habla Curtius). En realidad, el romanista alemán estaba predisposto a aceptar una idea de la historia en la que el espacio se convertía en un concepto clave. Karl Mannheim, el «enemigo secretamente admirado por Curtius» (Weinrich, 1992: 309), señaló ya la afinidad profunda entre la noción de espacio y el pensamiento conservador. Curtius, en efecto, no despreció del todo el artículo de Mannheim, 1927. De un lado, su énfasis por lo concreto, por los datos evidentes, por los hechos que se apoyan en la observación, en lo que básicamente permanece concreto. Por otro, la certera observación de Mannheim de que el pensamiento conservador se caracteriza por tener un sentido menos temporal y más espacial de la historia.⁵

El otro autor que debe mencionarse es Josef Nadler, cuya *Literaturgeschichte der deutschen Stämme und Landschaften* es la primera historia de la literatura alemana, concebida a partir de los «aspectos espaciales de la producción literaria» (Weinrich, 1992: 315). Para Curtius (1932: 22 y 50) Nadler había descubierto que el desarrollo de la cultura alemana se debía a dos influencias, la germano-romana y la germano-eslava y no era posible prescindir de ninguna de las dos para entender el rico desarrollo del universo alemán. Este no podía vivir únicamente de su propia sustancia y si se prescindía del mundo del sur y del oeste, que lo había nutrido, se precipitaba hacia el este, es decir, a la decadencia.

Y junto a la noción de espacio, la de continuidad, que nos ha permitido ver lejos y comprobar cómo se mantienen elementos (temas, formas) esenciales para el historiador. Es evidente que ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, movimientos espirituales, etc. Estas largas permanencias o supervivencias se dan también en la historia de la literatura, tal y como destacaba Braudel al referirse al libro de Curtius: «[...] constituye el estudio de un sistema cultural que prolonga, deformándola, la civilización latina del Bajo Imperio [...] la civilización de las élites intelectuales que ha vivido hasta los siglos XIII y XIV, hasta el nacimiento de las literaturas nacionales, nutriéndose de los mismos temas, las mismas comparaciones y los mismos lugares comunes» (Braudel: 1968, 71).

5. Weinrich (1995) ha relacionado recientemente la noción de espacialidad con la de *topos*, que considera como una metáfora espacial. El *topos* es un lugar donde es posible «encontrar» los argumentos que son necesarios para el discurso, tal y como se desprende de la *inventio*. Pero también la *Memoria* está relacionada con el *topos*: los asuntos de una materia se encuentran localizados en el espacio, cada uno en un lugar imaginado a este propósito y es bajo esta forma espacial como pasan a la memoria. Weinrich se preguntaba si *LEEML* no era más un libro de memoria que de historia.

Pero la idea de continuidad y el concepto de historia que subyace pueden llevarnos a algunos desajustes. Hay en la obra de Curtius, según Lida de Malkiel, una exagerada estima del pasado que acaba por no ver en el presente nada que no sea destello pretérito: «[...] Apenas si se aclara un hecho literario por una circunstancia histórica coetánea: la norma es retrotraerlo a un hecho análogo anterior –constituyendo, al parecer, la anterioridad la explicación suficiente» (Lida de Malkiel, 1975: 323).

A todo ello hay que añadir el problema nada desdeñable de la cronología de los *topoi*, tal y como señalaba la misma autora: «[...] lo precario de nuestro mapa de la literatura antigua y medieval, siempre sujeto al azar de lo ignorado y lo perdido, hace difícil determinar con seguridad la historia de un tópico.» [...] «¿Cómo saber cuánto tiempo corrió la imagen como tópico del lenguaje trivial hasta hallar circunstancias propicias a su acogida en la alta literatura [...]?» (pp. 324 y 325)

Por lo demás, a pesar de su preocupación histórica, el concepto de literatura que se desprende de su estudio parece ahistórico. Curtius entendía los *topoi* como elementos concretos en un doble sentido: primero como auténticos vestigios de un momento histórico y al tiempo como constantes de la literatura. No le preocupó la discrepancia entre estos dos niveles, y para el historiador resulta difícil encontrar posibilidad de relación entre ambos. Su idea de la historia presenta además otros riesgos, pues muestra mayor estima por la continuidad que por la creación original, por los elementos transmitidos que por su revitalización en la obra de arte concreta. Ni las innovaciones ni los experimentos parecían documentar la continuidad. Curtius destacaba el hecho de que el latín perdurara, por ejemplo, en Dante y Boccaccio pero pasó por alto la inmensa diferencia de valor entre las obras latinas y las escritas en vulgar; y si se exaltaba el Renacimiento carolingio era por su importancia en la preservación de la cultura antigua, sin recordar que su producción intelectual no alcanzó cotas muy elevadas. Para Lida de Malkiel esta teoría implica considerar parejos a los grandes creadores y a los simples transmisores, a aquellos que ejercieron influjo por su categoría y a los que no lo ejercieron.

Otra de las concepciones de Curtius que menos satisface a las actuales ideas sobre la historia literaria es su afán por buscar la coherencia del universo poético en la recurrencia de ideas y de motivos a través del tiempo, el interés por demostrar la continuidad, dejando al margen la noción de cambio como si fuera un factor menor. Según H. R. Jauss, otro de los grandes críticos de Curtius, descubrir la permanencia a través de lo que no cesa de cambiar dispensa de hacer un esfuerzo de comprensión histórica. En *LEEML*, la continuidad de la herencia antigua se erige en principio supremo. Para Jauss es inaceptable sostener que por encima de la historia –que se convierte en una *terra incognita*– se

eleve una especie de clasicismo intemporal que trascienda la «indestructible cadena de la tradición». Curtius no resuelve el hiato entre la aproximación histórica y la aproximación estética a la literatura.

Como es bien conocido, uno de los proyectos de Jauss es desarrollar una historia que integre las tres actividades de producción, comunicación y recepción de la literatura, y obviamente, la filología que se inspira en una metafísica de la tradición y en una interpretación ahistórica no es la herramienta más adecuada para estos fines. Como ejemplo de esta tendencia cita Jauss, entre otros, a Curtius, y en concreto una de las tesis sobre las que se sustenta su libro: la actualidad intemporal de la literatura que trae consigo una influencia continua del pasado en el presente. («El «pasado intemporal», rasgo constitutivo de la literatura, implica que la literatura del pasado puede actuar siempre en la literatura de cualquier presente», escribe Curtius (1948: 34).⁶ Al entender la evolución de la literatura como una perpetua y continua herencia de la Antigüedad se pregunta Jauss si no permanecerá también nuestra propia conciencia de la modernidad prisionera de la misma marcha cíclica.

En otra dirección apuntaron las críticas vertidas por Dámaso Alonso. En un breve comentario sobre unos versos de Berceo, don Dámaso dejó escrito: «Siempre nos le imaginamos escribiendo, apresurado, ante el terror medieval de la noche vecina.»⁷ Curtius comentó esta afirmación del estudioso español en términos críticos,⁸ pues consideraba que no había que pensar en el clérigo que deseaba terminar su trabajo antes de que llegara la noche. El temor ante la noche en la Edad Media no deja de ser un tópico retórico que nace en la literatura clásica, y no hay que pensar en una imagen real, decía Curtius.

Dámaso Alonso criticó estos comentarios y arremetió contra las tesis de Curtius a la luz de su teoría de la expresión literaria:

6. No abordo aquí la relación entre la obra de Curtius y la de T.S. Eliot, que es enormemente interesante y ha sido muy bien estudiada (Uhlig, 1990). T. S. Eliot planteó la simultaneidad de toda la literatura europea desde Homero. En su seno, toda la literatura tiene una existencia simultánea y constituye un orden simultáneo. Eliot llamaba a este sentido de la intemporalidad de la literatura «el sentido histórico». Para Eliot, ningún poeta tenía por sí mismo plenitud de significado y para apreciarlo justamente había que situarlo en su relación con los poetas de ayer. Las obras literarias forman un orden ideal que se modifica cuando se les une una obra de arte realmente novedosa. Este orden se altera cuando se introduce una novedad y se reorganizan las relaciones, las proporciones y los valores de cada texto dentro del conjunto.

7. Apareció por primera vez en *Ensayos sobre poesía española* (cuya primera edición se publicó en Madrid, 1944). Dámaso Alonso contestó en «Berceo y los topoi» (1971).

8. «Antike Rhetorik und vergleichende Literaturwissenschaft, 1. Die Angst vor der Nacht im Mittelalter», *Comparative Literature*, 1 (1949), pp. 24-26.

«Sin negar el enorme peso de tradición e imitación en la literatura medieval, ¿cómo desconocer su actividad creativa? Pues de los escritores de la Edad Media, ¿quién podrá negar en algunos la incontrastable fuerza de su genio, en muchos otros su idiosincrasia netamente diferenciadora?» (Dámaso Alonso, 1971: 84)

Según Dámaso Alonso, Curtius olvidó que el uso de los tópicos tradicionales convive sin problemas con la expresión individual del escritor, y que toda obra literaria es un compromiso entre tradición y expresión individual.⁹

El punto de vista de Spitzer no era muy distinto al de don Dámaso. Spitzer consideraba la topología una muy rica fuente de información histórica que encontraba su lugar dentro de una edad de oro de la investigación de fuentes (quizá de manera más sistemática), pero para Spitzer la suma total de las fuentes no explicaba la forma interior de una obra de arte concreta. Las palabras de otro se convierten en nuevas palabras para el poeta. El tópico o lugar común de una obra poética es lo prepoético que se disuelve y rehace en la nueva.

También Peter Dronke ha puesto reparos al planteamiento global de Curtius. Sus estudios sobre unos textos latinos medievales importantes en el panorama de la poesía europea de los siglos XI y XII, reacios a dejarse explicar a partir e las ideas de Curtius, le llevaron a plantear algunas objeciones de peso. Dronke pretendía complementar el gran estudio del romanista alemán, pero «aguzando el foco sobre la espontaneidad e independencia de la creación poética que existió a lo largo, así como en el interior, de las tradiciones establecidas» (Dronke, 1981: 23). Para Dronke, hay aspectos no menores de la literatura medieval que no se abordan ni se comprenden a lo largo de las páginas de Curtius. El papel que se otorga en *LEEML* a la literatura escrita es de tal importancia, que se ignora casi la dimensión oral de la creación y la transmisión, lo que supone olvidar una de sus características más destacadas. El concepto de tradición, tal y como lo entiende Curtius es, además, de muy corto alcance. Dronke considera que una tradición poética es un concepto más amplio y se extiende más allá de los documentos escritos primitivos.

También es discutible para este autor considerar que la composición vernácula surgiera en época tardía y bajo el estímulo exclusivo de la influencia culta, y señala que es difícil establecer una distinción entre lo popular y lo culto

9. «Hoy toda una serie de investigadores, atentos, ya a ver, como Curtius, la continuidad diacrónica de temas o fórmulas (que es la transmutación estilística del antiguo «fuentismo») ya a buscar la continuidad más o menos sincrónica de elementos comunes, a través de la literatura europea. Esfuerzos que en verdad me parecen utilísimos, cuando no son meros pretextos para devolver al mundo el lastre de la erudición allegadiza». Y concluye: «Estudiemos lo común, los «topoi». Con tal de que sea precisamente para mirar lo que no es «topos»: al prodigio creativo, a la unicidad, intacta y esquivada, de la criatura de arte» (Alonso, 1971: 85).

cuando se estudian *topoi*: «¿En qué medida pueden coincidir el *topos* de un poeta culto y la «fórmula oral» de un indocto? ¿No puede una tradición oral en su más alto nivel ser el producto de una gran «cultura» por parte de los poetas orales como muestra el cultivo germánico y celta de la sabiduría y conocimiento de los poetas?» (Dronke, 1981: 44)

Pero la mayor crítica ha venido a la hora de revisar la noción de *topos* y su aplicación a la historia de la literatura.¹⁰ Lida de Malkiel señalaba que al exaltar la tópica o catálogo histórico del lugar común y convertirlo en clave de la unidad de la cultura europea, el experimento individual quedaba minimizado. El inventario de los tópicos señalaría más bien el rastro de la inercia espiritual de Europa, no de su unidad creadora. Pero lo más grave es que la investigación de la tópica, tema central del libro, procede en las formas más imprevisibles: «unas veces por motivos no clasificados formalmente, luego clasificándolos por figuras retóricas y especializándose en algunas, ya por su origen prosaico o poético[...]» (Lida de Malkiel, 1975: 327)

Otro de los aspectos que reclaman una revisión es la manera de estudiar los *topoi*. Es esencial el estudio del contexto en el que aparecen y la necesidad de reconocer su carácter individual en el uso artístico. La validez del método, dice Dronke, depende de la habilidad en ver semejanzas de estructura o expresión en contextos diferentes, y de la habilidad en dar una respuesta total a cada contexto.

Añádase a todo ello la imagen incompleta de Europa que se ofrecía en *LEEML*. No puede sostenerse, y son palabras de María Rosa Lida, que «todo lo que no sea grecorromano y germánico no cuenta en la cultura europea», pues Europa no es solamente la tradición clásica. Curtius no prestó interés suficiente a la influencia del pensamiento árabe en la filosofía medieval (como el triunfo del aristotelismo en el siglo XIII) ni recordó la influencia de la escatología musulmana en la *Divina Commedia* (tal y como demostró Asín Palacios), y tampoco la huella musulmana en los orígenes de la lírica romance (y son solo tres ejemplos). No se trata solamente de un pecado de omisión, pues para Lida de Malkiel el olvido engendró otros errores. Por predominante que fuera la tradición greco-latina, no basta para explicar el conjunto de las literaturas medievales. La Edad Media supuso mucho más que la unión entre la Antigüedad y las modernas literaturas de Europa.

10. «The term has been justly criticized for its vagueness and elasticity: even in Curtius it oscillates disconcertingly from a single motif or even metaphor to large themes and ideas such as the golden age or the ideal landscape and is, with bewildering inconsistency, explained either as survival of ancient rethorical figures and patterns or as creations of great individuals, or even as an upsurge of «archetypes» from the collective unconscious» (Wellek, 1978: 25).

Curtius demostró la estrecha relación de las literaturas europeas y la antigüedad latina y la existencia de una continuidad de formas y motivos a lo largo de la Edad Media. Reivindicó esta tradición y quiso mostrar a sus contemporáneos que solamente dentro de ella había una respuesta para resolver la profunda crisis que vivía Europa en los años treinta. Hoy se contempla la iniciativa de Curtius con cierto distanciamiento. A partir de los estudios de S. Freud y W. Benjamin —entre otros—, sabemos que no todo son valores positivos en el desarrollo e implantación de la cultura y que no siempre bastan los cauces de la tradición para hacer el presente e inventar el futuro. Curtius analizó la crisis de la cultura y de la sociedad con las armas que le ofrecía la tradición en la que vivía y en la que pensaba. Para un filólogo de su mentalidad, si la tradición estaba en peligro, debía hacerse un esfuerzo por preservarla, por salvarla, pero no por discutirla y, en ningún caso, superarla (Antonelli, 1992). Walter Benjamin explicó de otra manera la crisis profunda de la cultura y la tradición y percibió agudamente las contradicciones y los límites de una sociedad en la que la cultura estaba destinada a cumplir un papel muy distinto del que imaginaba Curtius.

La idea de Europa que nos ofrece el romanista alemán, la enorme cantidad de información y la rigurosa metodología literaria que nos ha dejado su obra merecen, por la altura de su trabajo, una crítica seria como la emprendida por María Rosa Lida, Dámaso Alonso, Weinrich, Dronke y otros. Pero sus ideas sobre la cultura y la tradición deben hacernos pensar todavía sobre la importancia que su cultivo y difusión pueden tener para la construcción de una Europa en la que no priven solamente criterios militares y económicos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, D. (1971) «Berceo y los «topoi»», en *De los siglos oscuros al de oro*, Gredos, Madrid, pp. 74-85)
— (1985): «Tradición o poligénesis», en *Obras completas*, VII, Gredos, Madrid, pp. 707-731.
- ANTONELLI, R. (1992): «Filología e modernità», prólogo a *Letteratura europea e Medio Evo latino*, La Nuova Italia.
- BAEUMER, Max L. (ed.) (1973): *Toposforschung*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- BEM, J. et GUYAUX, A. (eds.) (1995): *Ernst Robert Curtius et l'idée d'Europe*. Actes du Colloque de Mulhouse et Thann des 29, 30 et 31 janvier 1992, organisé par ..., Champion, Paris.

- BERSCHIN, W.-ROTHER, A. (eds.) (1989): *Ernst Robert Curtius. Werk, Wirkung, Zukunftsperspektiven*, Heidelberger Symposion zum Hundertsten Geburtstag, Hg. von Heidelberg.
- BRAUDEL, F.(1968): *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, Madrid.
- CURTIUS, E.R. (1911): *Li Quatre livre des Reis*. Kritisches herausgeben. Gessellschaft für Romanische Literatur, t. 26 (Dresden), xcv-243.
- (1932): *Deutscher Geist in Gefahr*, Deutsche Verlaganstalt, Stuttgart und Berlin.
- (1948): *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de Margit Frenk y Antonio Alatorre, FCE.
- (1949): «Antike Rhetorik und vergleichende Literaturwissenschaft, 1. Die Angst vor der Nacht im Mittelalter», *Comparative Literature*, 1, pp. 24-26.
- (1951): «Gustav Gröber und die romanische Philologie», *ZRPh*, LXVII, pp. 257-288 y luego en *Gesammelte Aufsätze zur romanische Philologie*, Francke, Bern und Munich, 1960, pp. 428-455.
- DE LAUDE, S. (1992): «Kosmopolis der Wissenschaft: E.R. Curtius und Aby Warburg», *Strumenti critici*, 7, pp. 200-307.
- DRONKE, P., (1980): «Curtius as medievalist and modernist», *Times Literary Supplement*, 3 de octubre, vol. 79, pp. 1103 a 1106.
- (1981): *La individualidad poética en la Edad Media*, Alhambra, Madrid.
- ELIOT, T. S. (1920): *The sacred Wood: Essays on Poetry and criticism*, Methuen, — (1965): *To criticize the Critic and other other writings*, Faber and Faber, London.
- GELLEY, A. (1966): «Ernst Robert Curtius: topology and critical Method», *Modern Language Notes*, 81, pp. 579-594.
- HOEGES, D. (1994): *Kontroverse am Abgrund: Ernst Robert Curtius und Karl Mannheim. Intellektuelle und «freischwebende Intelligenz» in der Weimarer Republik*, Fischer, Frankfurt am Main.
- JACQUEMARD DE GEMEAUX, Ch. (1995): «Curtius et Karl Mannheim, l'homme de lettres et le sociologue», en Bem-Guyaux, 1995: 231-237.
- JAUSS, H. R. (1970): *Literaturgeschichte als Provokation*, Suhrkamp, Frankfurt/Main
- JEHN, P. (ed.) (1972): *Toposforschung. Eine Dokumentation*, Respublica Literaria 10, Frankfurt / Main.
- KANY, R., (1985): «Lo sguardo filologico. Aby Warburg e i dettagli», *Annali della Scuola Normale superiore di Pisa*, III, XV, 4, pp. 1265-1283.
- LIDA DE MALKIEL (1975): «Perduración de la literatura antigua en Occidente (A propósito de Ernst Robert Curtius, "Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter")», *Romance Philology*, v, 2-3, noviembre 1951-febrero 1952, pp. 99-131. La reseña volvió a publicarse en *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 271-338. Cito siempre por esta reedición.

- LUCY, S. (1960): *Eliot and the Idea of tradition*, Cohen and West, London.
- MANNHEIN, K. (1927): «Das konservative Denken soziologische Beiträge zum Werden des historisch-politischen Denkens in Deutschland», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 57, pp. 68-142.
- RICHARDS, E. J., (1983): *Modernism, Medievalism and Humanism A Research Bibliography on the Reception of the Works of Ernst Robert Curtius*, Niemeyer, Tübingen.
- ROTHE, A. (1989): «Ernst Robert Curtius in Heidelberg: Versuch einer Spurensicherung», en *Ernst Robert Curtius. Werk, Wirkung, Zukunftsperspektiven*, Heidelberger Symposion zum Hundertsten Geburtstag, Hg. von W. Berschin-A. Rothe, Heidelberg, pp. 57-102.
- SPITZER, Leo (1949): Reseña a la edición alemana de *LEEML*, *American Journal of Philology*, 70, pp. 425-431.
- UHLIG, Karl (1990): «Tradition in Curtius and Eliot», *Comparative Literature*, 42 n° 3, pp. 193-207.
- WEINRICH, H. (1978): «Thirty years after Ernst Robert Curtius' Book *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter* (1948)», *Romanic Review*, 69, pp. 261-278.
- (1995): «La boussole européenne d'Ernst Robert Curtius». en Bem-Guyaux, 1995: 307-315
- WELLEK, R (1978): «The literary criticism of Ernst Robert Curtius», *A journal for Descriptive Poetics and Theory of Literature*, 3, pp. 25-44.